

Doctor Ramón Clarés

## Psicoanálisis de «Zoé»



**H**AY dos modos de estimar un hecho, un fenómeno, una obra: el horizontal o panorámico y el vertical o profundo. El primero nos informa del acontecimiento espacial, captado por los sentidos y congelado en conceptos. El segundo nos permite la apreciación genética del hecho como resultante última de sucesivos acontecimientos precedentes.

Se deduce de esto que se precisa de dos categorías de capacidad sensible —no siempre coexistentes en un mismo individuo— para la justa apreciación de un hecho, siendo la principal y de mayor importancia la que nos faculta para el entendimiento profundo.

Puede suceder que la claridad para enfocar un fenómeno derive de la aplicación sobre el mismo, de un sistema de pesos y medidas precisas, de preceptos rígidos que lo achican en relación y conveniencia de nuestra capacidad de conocimientos. En tales casos, claridad es limitación que nos dispensa del conocimiento integral, porque deja en la zona oscura la parte mayor y vital del proceso que observamos. Esto ocurre cuando prima sin contrapeso la sensibilidad panorámica sobre la profunda. Esta última no admite la intervención de la preceptiva convencional, ni se somete a reglas de gramáticos ni cientifizantes. Tiene su orden propio, se rige por leyes entrañables, es una función que no se aprende, sino que se trae con la vida y nos

dirige siempre hacia el dato venido de lo infinito, como el hambre nos conduce a la substancia alimenticia. Se comprende, pues, que solamente la estimación integral—dinámica, genética—de un fenómeno confiera a la apreciación del mismo, calidad de justeza y nos capacite para *sentirlo* como función de un espíritu semejante al nuestro, no como cosa hecha aparte y extraña, que ocupa, simplemente, un lugar en el espacio.

La estimación puramente formal de los acontecimientos y obras humanas no puede hacerse sino según esquema preestablecido, derivado de la frecuencia mayor o menor con que los distintos fenómenos de la expresión acontezcan en el cotidiano devenir del tiempo. En otros términos, estimamos y sentimos lógicos los procesos que, a fuer de repetirse, nos parecen dictados por leyes ineluctables y conferimos a la frecuencia, condición de orden, disciplina, moral, según convenga. Esta acomodación de nuestra sensibilidad superficial a la frecuencia de los hechos que nos rodean, determina, a veces, tal primacía de nuestras relaciones con el mundo externo, que nos impide toda percepción visceral, todo sentimiento de profundidad. Sordos a los clamores entrañables de la vida, nos esclavizamos a la fórmula, a la gramática, a los cánones y llegamos a considerar virtudes superiores lo que no son sino conformismos y cobardías infamantes.

Lo que llamamos el perfecto *orden*—encuadramiento del acontecer al precepto—lo llamamos también *claridad*, equivocando cómodamente claridad con costumbre o con rutina. Hay millones de hechos absurdos que acontecen cotidianamente—predominio de los imbéciles sobre los talentosos; de los repletos sobre los hambrientos; de los críticos sobre el criterio; de los fariseos sobre los limpios de corazón—que no solamente ya no nos asombran ni mueven a nobles rebeliones y reajuste de valores, sino que han promovido tal inversión del orden natural que el justo fracasado envidia al arbitrario triunfante, y Minerva se prostituye a Mercurio, mercader sin mayores repugnancias.

Escribir gramaticalmente—conforme al uso y costumbre de las gentes educadas—es un símbolo de la acomodación antes aludida; es una supeditación del espíritu a la letra, de modo que no haya rebalse posible, que la luz no alumbre más allá de lo convencional. Esto estaría muy bien y se comprendería mientras fuera notoriamente menor el acervo de pasión, de pensamiento, de mensaje que el de palabras. Hay en tales casos, tiempo para la confección formalista y el molde evita entonces que se pierda lo poco que haya de médula en la expresión. Pero en circunstancias contrarias, la riqueza interior es fuerza que apremia y exige, casi angustiosamente, ser expresada, como sea, bien o mal según la preceptiva, eso no importa, porque trae en sí su derecho y razón de ser. Para enfocar con claridad un proceso genético, para comprender integral y profundamente un fenómeno no basta, sino que estorba, un excesivo acondicionamiento del individuo a la ley. Se requiere, en cambio, haber pasado crisis semejantes y guardar conciencia viva del trance en la expresión lograda, de modo que vibre el hecho que pretendemos conocer en la cuerda vertical de nuestra sensibilidad. Solamente así se logra despertarnos el sentido de *símbolo* de que habla Freud, o como lo expresó profunda y bellamente Lao Tsé, percibir que «todas las cosas tienen el rostro a la luz y las espaldas en la obscuridad». Así el mundo de los aspectos se nos convierte en una clave, y más que las formas, nos interesa entrever lo que ocultan y simbolizan, lo que quieren decir y no lo que dicen, lo que deberían expresar y se les impide hacerlo. De este modo, por lo demás, se nos hace posible seguir el hilo de vida subyacente que relaciona entre sí todos los aspectos de la expresión, confiriéndoles unidad en la diversidad, y se nos hace posible hallarnos un poco nosotros mismos en todos los elementos del paisaje.

Cuando la riqueza interior no expresada ha alcanzado una máxima tensión, estalla en un acontecer casi repentino y profuso, como un bosque brotado por arte de magia, imposible y

absurdo para nuestra lógica. Es decir, no se trata en estos casos de un bosque plantado y calculado pacientemente para la explotación, no se trata de un bosque de orden y según los cánones, sino de una selva inextricable, que anarquiza los caminos trillados, se los traga y sumerge en sus entrañas preñada de una luz oscura para las pupilas convencionales.

Todo hecho que se produce fuera de lo establecido, cobra carácter de absurdo. Su condición de *venido de más allá* de las causas posibles, lo hace aparecer como diabólico o milagroso, según a qué clase de cálculos se preste y en relación a qué circunstancias se le considere. Más de un santo actual murió en la hoguera por hereje y el genio ha sido asimilado a la locura por los que no han podido meterlo y reducirlo al casillero de su rutinaria clasificación.

No basta, pues, la simple apreciación formalista—lo repetimos—para la estimación justa de un fenómeno, ni bastan los datos que nos suministre el vecindario gramatical conmovido y escandalizado por su aparición. Hay que proceder biológicamente (las vísceras son anteriores al pensamiento y nunca dejan de nutrirlo, influirlo y sostenerlo desde su anonimato) si se quiere tener noción clara y más o menos precisa de un hecho humano. Explicárselo significa saber su historia fenómeno lógico—su psicogénesis—; comprenderlo es interpretarlo como un símbolo vivo de esa historia, como su síntesis representativa y funcional.

«La obra de arte es un simple artefacto si la separamos de la historia, el hombre y la circunstancia», dice con sobrado acierto el autor de «Zoé». Esta afirmación debe aplicarse a todo acontecer y de preferencia, cuando se trata de hechos excepcionales, como son los acontecimientos artísticos, heroicos o revolucionarios. Buenos o malos, según la común medida, los hechos de excepción aparecen, por lo mismo, desconectados de la lógica, independientes y solos, motivo que, a veces, los hace apa-

recer como contrarios y hostiles a los hombres y cosas que pueblan el panorama doméstico y cotidiano de la vida.

En este sentido, Sancho—el Sancho de «Zoé»; porque es un Sancho actualizado, se presta más a la explicación—es la perfecta contraparte del Quijote—Jim, en el caso del libro aludido—coexisten como los dos elementos de un binomio funcional y están determinados recíprocamente, el uno por el otro. Es el diálogo entre ambos personajes, por sí mismo, un fenómeno destacado, pues resulta interesantísimo a la vez que regocijante, esta persistencia paradójica de Jim en hacerse entender por Sancho, y la de éste para no comprenderlo, es decir, para no querer destaparse las orejas de todo *destritus* convencional. Además, es curioso que Jim hable, a trechos, con la voz y acento de su contraparte, y Sancho cobre, en ocasiones la gracia y el ingenio sutil de su contendor.

«Zoé» es el hombre pensando en voz alta, desdoblado en sus dos naturalezas: la natural y la inducida por la sociedad. Esta condición hace del libro de Benjamín Subercaseaux un ensayo vigoroso y ágil, rico en sugerencias y claridades, en paradojas que desconciertan y asombran el buen sentido lógico del escudero cervantino. Zoé es, en realidad, lo que impropia-mente llamamos un soliloquio, porque nunca en realidad lo es. En la intimidad de nuestro ser, *hablarnos* es hablar con *el otro*, con el que motiva el diálogo y que estando en nosotros mismos, representa la resistencia, la negación, el que contradice: el de afuera. De este modo, en los momentos de inquietud (que a veces constituyen toda una vida, como es el caso del autor de Zoé), la experiencia se convierte en una noble gimnasia, en un ejercicio de alta y elegante estilización y defensa de nuestra naturaleza contra las imposiciones del convencionalismo: nuevo Sancho adentrado en nosotros, instalado como un intruso en los alrededores de la conciencia natural, en calidad de juez, crítico o moralista u otras cosas inútiles o fantásticas; entidades creadas por el orden falso contra el orden natural de la vida.

Los problemas del sexo, de la justicia y de la religión constituyen, a mi ver, la triada sintomática de la psicología del propio autor (quiero decir, de su inquietud, quizás de su *complejo*) extrovertida, para alivio suyo—freudianamente hablando—en el libro que nos sugiere estas consideraciones. Por algo lo ha titulado «Zoé», Vida, pues bien observado el caso, son esos los problemas vitales que perturban nuestra seguridad en los momentos de atisbos sobre la vida infinita, subyacente a nuestra existencia gramatical. Estos tres aspectos de la inquietud del hombre frente a su propio misterio—que no es sino una síntesis del misterio cósmico—constituye, por lo demás, la triada desde cuyo vértice el observador se ubica como en otros tantos puntos de vista y reflexión sobre sí mismo.

El «viejito Freud» a quien Subercaseaux trata como a pariente pobre, quizás por fidelidad a Janet, su maestro, más que por defensa y temor al implacable escalpelo analista del genio vienés, llama *complejo* el juego de tendencias y afectividades contrarias, que se entrechocan y oponen recíprocamente. La finalidad del complejo, como en el sistema orgánico, es convertir a través de la experiencia, el conflicto en conciliación y por lo tanto en certidumbre y seguridad de nosotros mismos y de nuestras acciones. El estado de seguridad, o seguridad continuada, dentro de la cual aparecen firmes e inamovibles muchas gentes de fe, no es sino la ilusión que les produce el partidismo fanático en función afirmativa del complejo de inferioridad. Creemos en lo que nos conviene creer, para sentirnos firmes, siendo más burda la creencia cuanto mayor es el vacío que nos llena. Esto explica por qué nos aferramos, a veces, a necias opiniones y abominables creencias estimándolas verdades definitivas. La creencia es un ensayo de afirmación, es una función, diría yo, del instinto conservador.

Pero no es este el caso de Subercaseaux estimado a través de «Zoé».

La duda—creencia en trance de transmutación—tiene, para

mí, dos etapas: La primera y más dramática es la desesperación que transforma al hombre como en un pájaro que se estrella contra las paredes de su encierro, sin acertar jamás con la ventana abierta sobre el espacio libre. La segunda es la del noble escepticismo que nos hace vivir en un permanente y bien paladeado ensayo de mejoramiento en nosotros y en los demás. No desesperamos, entonces, de la limitación actual, sino que descubriendo y estudiando en ella las posibilidades en potencia del futuro, ampliamos el encierro hasta descubrir infinitas ventanas que nos traen la libertad y el infinito hasta nosotros. La viva y obscura conciencia del devenir, del futuro inenarrable confiere a nuestro espíritu inquietud de viajero sin itinerario previo, que no se detiene en paisajes y ciudades sino lo que dura una noche de amor, un instante de asombro, un atisbo de sabiduría. Esta inquietud transeúnte de vagabundo insaciable ha motivado en Benjamín Subercaseaux ese noble escepticismo que no destruye sino que abandona, llevándose en la alforja peregrina, lo mejor de lo abandonado casi como una provisión alimenticia que se le va a convertir en suya, en substancia y ritmos de la propia vida, como una fruta bien asimilada y metabolizada. Así cada nueva etapa del viaje, tiene algo de la anterior hecho hombre, cabe decir: hecho capacidad de sufrir, comprender y perdonar. El escepticismo del autor de «Zoé» pone en función casi armoniosa diversas y contradictorias direcciones del sentimiento cósmico del hombre: el paganismo, deificación del placer sensual; el cristianismo, divinización del sacrificio y humanización de lo divino; la curiosidad, (tentación) por el objeto *tabú*; el deseo del fruto prohibido del bien y del mal, substancia y origen del conocimiento y del dolor humanos. Los tres elementos de este complejo han pasado en Subercaseaux del estado de guerra abierta, de conflicto cruento, a la calidad del juego, casi del deporte. Dentro de su psique, la gritería se ha convertido en diálogo y el enemigo en interlocutor. No existe entre las dos entida-

des que sintetizan su inconsciente multitudinario, ninguna actitud hostil de rivales irreconciliables e imposibles en un mismo espacio de la existencia. Se entienden como dos jugadores de tennis que no están separados el uno del otro, sino por una red. Entre Jim y Sancho no hay, en el fondo, sino que una oposición convenida, como la conciertan dos amigos o dos hermanos que se disponen a jugar una partida cualquiera y en la que cada cual, de mutuo acuerdo, asume el papel que motiva la existencia del contrario. «Zoé», diálogo de Suberchaseaux consigo mismo, no podrá ser entendido y *sentido* claramente, en toda su intensidad, por nadie que se ubique para juzgarlo, en el sitio de uno de los dos interlocutores, siendo, por cierto, muy peligroso—como ya lo han hecho algunos—preferir el asiento de Sancho, del que no entiende, del que ha admitido, diremos para ser más justos, el papel de no entender a fin de motivar en su contrincante una mayor agudización y sutileza en el juego de hacerse entender. Sancho, en otros términos, es la resistencia, la negación, la prohibición que, en los espíritus bien estructurados estimulan a la rebeldía, la liberación y que encienden en la palabra el fuego del verbo iconoclasta y creador. Naturalmente que, en las chisperías de la marejada ígnea, flotan, a veces, detritus de remotos naufragios, restos de banquetes indigestos que se incorporan a la belleza del espectáculo, felizmente sin mancillarlo. Es facultad del escéptico de buena cepa, poder manipular toda especie de materias sin mancharse y sin escandalizar a los demás; por lo menos, sin que se atrevan a darse por escandalizados. Nadie podría tachar de sucio al escultor que siente el deleite de las manos moviéndose en el barro pre-formal.

\* \* \*

Imposible sería juzgar capítulo a capítulo este libro denso de conceptos, vibrante, a veces, de pasión, rico en belleza y

agridulce de escepticismo y de ironía. El fino artista, el poeta —en el verdadero sentido griego de la palabra— que hay en Benjamín Subercaseaux, sobrepasa en mucho al pensador ordenado, esquemático y claro, es decir, al pedagogo que enseña a pensar a los demás, porque el mismo no produce pensamiento. Tales filósofos a la medida, gratifican siempre la capacidad y limitación de quienes así lo requieren para hacer creer que entienden filosofía. Siempre resultan claros y precisos, porque son simples reflejos y filtros de la claridad de otros, a la que alumbran en una extensión mesurada, dentro de la cual el criterio más escolástico puede aventurarse sin temores de extravío.

Se me antoja que llegado a cierto recodo de su vida (los treinta años son el comienzo de la madurez espiritual, cabe decir, de la estilización de la conducta del hombre) Subercaseaux ha extendido la alfombra de la etapa consumada y en ella ha volcado, como en arqueo de valores, todo el caudal de experiencias acumuladas y sufridas en su transcurso. Unas hechas piedras preciosas; en trance, otras de convertirse, y las demás —quizás las menos— congeladas en pedruzcos primigenios y ocultos en la sandalia vagabunda, para que la marcha libertadora no se haga demasiado rápida y no aproveche al peregrino.

Sancho me ha preguntado muchas veces qué se ha propuesto Subercaseaux al escribir «Zoé». Yo le he contestado simplemente: vivir. Si bien es cierto que todos vivimos sin sentirnos vivir, hay quienes poseen otros modos funcionales de vida que los destacan sobre el nivel rutinario y doméstico. Esta manera de actuar, de funcionar al margen de los usos ordinarios motiva las preguntas, asombros e imprecaciones de Sancho, que no conforme con no entender, trata de racionalizar su ignorancia. Por lo demás, cree darse una justificación íntima al estimar error, extravío o desquiciamiento todo aquello que está

fuera de su alcance de hombre sesudo y práctico, pero que no sabe librarse del manteo, ni de la ilusión de ser gobernador de la Insula Barataria. Como sea, Sancho presta un inmenso servicio al desarrollo y vigorización de su contraparte, llámese Alonso Quijano o Benjamín Subercaseaux. En estos casos, Sancho mismo eleva su jerarquía gracias a la calidad del interlocutor; no se queda en *Sancho absoluto*, que es la triste condición de casi todos los Sanchos huérfanos del Caballero de la Triste Figura, que ahora comandan y tiranizan el mundo...

«Zoé» no pretende enseñar, ni opinar, ni conducir. No es la pedantesca obra de tesis que delate al dómine, al propagandista, al apóstol, tres personalidades muy útiles sin duda en algunas ocasiones, pero muy frecuentemente odiosas, cuando no risibles y necias. Tampoco es un libro de polémica partidista que represente y se cobije bajo determinadas banderías políticas, religiosas o estéticas. Ninguna de esas cosas puede ser, porque es simplemente *la extraversión de toda una etapa de vida rica en experiencias*, recopiladas en las cinco partes de la tierra. Es una exuberante floresta que multiplica a Jim en multitudes de sí mismo, y todo esto implantado en la estructura a veces espantosamente honrada y verídica del autor de «Zoé». Ha brotado espontánea y se ha erguido sin esquema previo, sin cálculo preconcebido de ningún orden ante la actitud hierática y bufonesca del precepto. Aparece desordenado por exuberante, obscuro por apretado y denso de verdades dichas con la soltura del deportista que no se afana por ganar la partida, sino por el ejercicio, por la lucha noble que el juego encierra. Casi diría que lo único que le importa es constatarse chocando contra Sancho como contra «punshing-ball» a fin de saber cuanto ha ganado en fuerza y agilidad.

«Zoé» es un ensayo en la más justa acepción de este género literario y técnica de pensamiento que se inició con Montaigne.

Es la *catarsis* integral de una curiosa y múltiple personalidad, que alivia a su autor de sí mismo y libra a Sancho de que Zoé se le *fije* en un complejo inextricable que haga necesaria la asistencia del «viejito Freud» para curarlo de él.

Tal es la impresión que me produce este libro frondoso y magnífico de Benjamín Subercaseaux.